

P. L. Travers

LO QUE SABEN LAS ABEJAS

Reflexiones sobre los mitos,
los símbolos y los cuentos

Prólogo de David Appelbaum

Traducción de Diego Merino



Ediciones La Llave

PRÓLOGO

Lo que saben las abejas le confiere su sabor a la miel, pero no es ahí donde radica su conocimiento. La sapiencia de las abejas tiene que ver con el reino de lo invisible, un reino que abarca al mismo tiempo el ámbito interno y el externo, en el que el espíritu habita y se expresa en sus muchas manifestaciones y donde el alma viaja en busca del espíritu. Porque la abeja sabe de espíritus, de espíritus cotidianos en su mayor parte, aunque en ocasiones su saber también alcanza al gran espíritu, al Espíritu con mayúsculas. Aquí se encuentra la esencia sin forma de lo invisible, su absoluta autoridad más allá de las normas y de las leyes. En su esencia más profunda, lo que carece de forma cohabita con todas las cosas —con la totalidad misma—, las envuelve como en una aureola, como en una cierta atmósfera. Al menos esta es la imagen a la que la mente busca aferrarse cuando se trata del vacío (ahí donde descubre su propia vacuidad). Así de profunda es la sabiduría que P. L. Travers transmite en este clásico.

Las abejas acceden a la sabiduría primordial al deambular por el mundo y por toda su flora. Ahí es donde encuentran el

Lo que saben las abejas

polen que recolectan y que posteriormente llevan a la colmena —un comportamiento que Nietzsche compara con nuestras ansias insaciables de información—. Son una con el viento que «sopla hacia donde quiere»,¹ (es decir, una con el espíritu), son depositarias de esa cultura ancestral cuyos vestigios han quedado preservados en los mitos, en las leyendas, en los cuentos de hadas y en el folclore tradicional, como si se tratase de un exceso de carga o de una imperiosa fuerza en movimiento que sobrevuela y trasciende la propia narración. Al reconocer el valor de los mundos que P. L. Travers recrea y la profunda sabiduría que albergan, rendimos homenaje a las abejas y a su capacidad para aprehender dicha sapiencia de un modo mucho más directo. Según Heráclito, los seres humanos hemos de recurrir a algún medio indirecto que nos permita eludir nuestra incredulidad básica, y los ciudadanos de la era moderna y posmoderna encontramos dicha herramienta en los mitos, que sí somos capaces de entender directamente. Estos son el vehículo gracias al cual el alma puede emprender su tortuosa singladura hacia el espíritu (que habita en «el misterioso y vacío núcleo central de nuestro ser»). Ahí es donde los cuentos y las narraciones pueden dar cumplimiento a la función para la que fueron diseñados: hacer que la dura, sólida e impenetrable capa del intelecto se transmute en apertura sensible a la propia vacuidad de la existencia.

En este sentido, P. L. Travers sigue siendo una auténtica maestra, consigue que los mitos se nos cuelen bajo la piel y penetren en nuestras capas más profundas, ahí donde su efecto es más sutil. Una vez que han alcanzado esa fértil oscuridad

1. Juan 3:8 (*N. del T.*).

Prólogo

a partir de la que, según Hesíodo, se engendra el Eros, los relatos se funden y se entremezclan con todo lo que existe. Ahí es también donde todos los anhelos intentan conocerse a sí mismos, pues se trata igualmente del dominio en el que mora el Eros de Platón: un gran espíritu o *fuera vital* que impregna e impulsa las interpretaciones y las reflexiones que la autora hace sobre la tradición, y que constituye la fuente de la que estas extraen su significado. Hay que entender que el conocimiento profundo posibilita que el espíritu humano se eleve y surque los cielos, a poca distancia de los mismísimos ángeles.

Lo que saben las abejas no dista mucho del espíritu que emana de estos ensayos y narraciones. Las palabras de P.L. Travers nos devuelven el resabio de una época de grandiosa y profunda imaginación, al tiempo que ejemplifican el complejo y enmarañado tapiz de todos esos personajes que desempeñan un papel en el despliegue de una misma creación: el mundo. Cada día que pasa es un día del Gran Año en el que las palabras de la autora son relevantes. Tanto el Año como el Día contienen la colmena, las muchas vidas que en ella habitan y sus casi innumerables células de vida, y sus erráticos devenires se reflejan en el vuelo de las abejas, que constituye el rastro mismo de la sabiduría del espíritu. En suma, lo que P.L. Travers nos ofrece es el registro de ese misterioso rastro dejado por la Fuente infinita.

DAVID APPELBAUM

EL MUNDO DEL HÉROE

A modo de prólogo a mis palabras, citaré unos versos de E. E. Cummings:

Que mi mente deambule libre, ágil y flexible.
Que incluso en domingo pueda estar equivocado.
Pues, cuando los hombres dejan de equivocarse,
pierden la juventud.

Esto significa que puedes dudar de mí, tomarte lo que diga como meras sugerencias o indicaciones y no como afirmaciones categóricas. Pretendo que mis palabras actúen como un susurro en el oído interior y entren en contacto con esa parte de tu ser a la que no pueden acceder las banalidades de las que se habla en los periódicos.

Sin embargo, antes de empezar a buscar al héroe creo que deberíamos detenernos a considerar el elemento en el que se mueve, el mundo en el que opera (el folclore, los cuentos de hadas, las alegorías, las leyendas, las parábolas, incluso los poemas infantiles), ya que podría decirse que todos estos ámbitos

Lo que saben las abejas

son como las provincias que, en conjunto, conforman la tierra natal de los mitos, el país que las antiguas historias rusas dicen que se encuentra «al este del sol y al oeste de la luna», y para el que no se conoce mapa alguno.

En primer lugar, creo que es importante aclarar lo que quiero decir cuando empleo la palabra *mito*. Al haber traicionado y maltratado tanto el lenguaje, hemos olvidado que en sí mismo es, en cierto modo, mítico, en el sentido de que es sagrado en su esencia, un don que se nos otorgó misteriosamente en algún momento inmemorial. Hasta los conductistas están empezando a poner en tela de juicio su propia teoría de que el lenguaje no es más que una simple función humana que ha ido evolucionando a lo largo de los milenios a partir de los gruñidos de los osos y de los chillidos de los monos. Hemos perdido el respeto hacia este enorme tesoro que se nos ha concedido, y ahora nos preocupamos tan poco por alentar y promover su crecimiento, que nos hemos vuelto como Humpty-Dumpty, que deja claro lo siguiente en *Alicia a través del espejo*: «Cuando yo uso una palabra, quiere decir lo que yo quiero que diga. Ni más ni menos».

Todo esto puede estar muy bien para alguien que vive en una madriguera, pero no para nosotros, si realmente queremos entendernos y tratar de comunicar ideas. Hemos de admitir que las palabras existen por sí mismas, por derecho propio, que tienen antepasados, extensos árboles genealógicos, y que en modo alguno son como bebés desamparados que alguien hubiese dejado en el umbral de una puerta para que cualquiera los pueda recoger y hacer lo que le venga en gana con ellos. Si yo fuese un héroe, la doncella que me pondría rescatar sería el lenguaje.

El mundo del héroe

La palabra *mito*, por ejemplo, se acepta y se utiliza ampliamente con un sentido cercano a *mentira*. Cuando decimos que algo «es un mito» queremos expresar que se trata de algo en lo que no hay que creer, un bulo, un embuste, una exageración, algo sencillamente imposible. Hasta el diccionario *Concise Oxford* lo describe como una «idea ficticia». Yo habría preferido decir que es algo «no verificable», pero ni tan siquiera eso habría sido del todo exacto, pues tanto si somos conscientes de ello como si no (lo queramos o no), todos vivimos —al igual que el héroe— inmersos en los mitos o, dicho con más exactitud, en el contexto de los mitos; nos bañamos en ellos como la yema de huevo se baña en la albúmina. Es algo que, si nos lo proponemos, podemos verificar y confirmar en nosotros mismos.

Al tratar de encontrar el origen de los mitos, es posible que lo primero que descubramos sea la respuesta que dan algunos victorianos como Andrew Lang, o como Frazer, autor de *La rama dorada*: que no son más que reliquias de un mundo bárbaro y atávico, el pasatiempo (incluso el extravío absurdo y aberrante) de salvajes primitivos. Con todo, cuando nos detenemos a considerar el *Poema de Gilgamesh*, a pensar en las estructuras chinas que subyacen en el *I Ching* (el libro más antiguo que se conoce), en los mitos hindúes, en los africanos, o en los de los indios americanos, no podemos por menos que dudar del supuesto barbarismo de estos pueblos y rezar para convertirnos, de inmediato, en «salvajes» como ellos.

Malinowski, más cerca del blanco, se refirió a ellos como «el resurgimiento en forma narrativa de la realidad primordial», y Nietzsche (quien en todo lo que hizo y todo lo que

Lo que saben las abejas

escribió estuvo muy influido por el proceso mítico) consideraba que los mitos no se limitan simplemente a ser vehículos portadores de ideas y de conceptos, sino que también constituyen por sí mismos una forma de pensar, un espejo que nos devuelve el reflejo del universo y de nosotros mismos. Robert Graves, uno de nuestros contemporáneos, escribió que «todos [los mitos] son profundos y extensos registros de antiguas costumbres, tradiciones y rituales religiosos, y una vez que se comprende su lenguaje resultan suficientemente fiables en el ámbito histórico». Por su parte, William Blake expresó que «Los Autores [destacando la palabra así, con A mayúscula] moran en la eternidad». Y es ahí, en la eternidad, donde, en mi opinión, tenemos que dejarlos si lo que queremos es encontrar auténticos creadores. Nunca sabremos qué clase de hombre fue el primero en desarrollar este órfico y objetivo arte a partir de su propia comprensión subjetiva. Y por lo que respecta al significado de los mitos, cuanto más los estudiamos más evidente resulta que este legado de los hombres ancestrales (los conceptos y los rituales que usaban como guía en su vida consciente) sobrevive milagrosamente, y siempre está presente en las capas subterráneas de nuestro ser. Podemos desenterrarlo, recurrir a él del mismo modo que extraemos las aguas que discurren bajo la superficie terrestre, plantearle nuestras dudas al igual que antaño nuestros antepasados consultaban los oráculos tratando de encontrar una respuesta a cuestiones que, en esencia, tal vez no sean tan diferentes de nuestros propios interrogantes y de nuestras cavilaciones. Acudimos a los mitos no tanto por lo que significan, sino en busca de nuestro propio significado: ¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Cómo puedo vivir en consonancia con la realidad?